

Clásicos Modernos

# Mecanoscrito del segundo origen

Manuel de Pedrolo



ANAYA

1.ª edición: marzo 2013

Título original: *Mecanoscrit del segon origen*

© Herederos de Manuel de Pedrolo, 1974

Licencia otorgada por Grup Editorial 62, S.L.U., Editorial El Aleph

© De la traducción: Anna Tortajada, 2013

© De la ilustración de cubierta: Pere Ginard, 2013

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2013

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-678-4091-9

Depósito legal: M-3467-2013

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas  
por la Real Academia Española en la nueva  
*Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Clásicos Modernos

# Mecanoscrito del segundo origen

Manuel de Pedrolo



Traducción:  
Anna Tortajada

ANAYA



# CUADERNO DE LA DESTRUCCIÓN Y DE LA SALVACIÓN

TT/1

(1) Alba, una chica de catorce años, virgen y morena, regresaba del huerto de su casa con un cestillo de higos negros, de cuello de dama, cuando se detuvo a avergonzar a dos chicos que estaban zurrando a otro y lo hacían caer en la poza de la presa, y les dijo:

—¿Qué os ha hecho?

Y ellos le respondieron:

—No le queremos entre nosotros, porque es negro.

—¿Y si se ahoga?

Y ellos se encogieron de hombros, ya que eran dos chicos formados en un ambiente cruel, de prejuicios.

(2) Y entonces, cuando Alba ya dejaba el cestillo para lanzarse al agua sin siquiera quitarse la ropa, puesto que solo llevaba unos *shorts* y una blusa sobre la piel, el cielo y la tierra empezaron a vibrar con una especie de trepidación sorda que se iba acentuando, y uno de los chicos, que había alzado la cabeza, dijo:

—¡Mirad!

Los tres pudieron ver una gran formación de aparatos que se acercaban ruidosamente desde la lejanía, y había tantos que cubrían el horizonte. El otro chico dijo:

—¡Oye, tú, son platillos volantes!

(3) Y Alba miró todavía un momento hacia los extraños objetos ovalados y planos que avanzaban deprisa hacia la población mientras el temblor de la tierra y del aire aumentaban y el ruido crecía, pero pensó de nuevo en el hijo de su vecina Margarida, Dídac, que había desaparecido en las profundidades de la presa, y se tiró de cabeza al agua, por detrás de los chicos, que se habían olvidado del todo de su acción y ahora decían:

10 ■

—¡Fíjate cómo brillan! ¡Parecen de fuego!

(4) Y dentro del agua, cuando ya nadaba hacia las profundidades, Alba se sintió como arrastrada por la potencia de un movimiento interior que quería llevársela de vuelta a la superficie, pero luchó enérgicamente y con todo su brío contra las oleadas y los remolinos que alteraban la calma habitual de la poza, y braceó con esfuerzo para acercarse al lugar donde había visto desaparecer a Dídac.

Otra conmoción del agua, más intensa, la apartó de la ribera sin vencerla, ya que ella le opuso toda su voluntad y los recursos de su destreza y, por debajo del vórtice que estaba a punto de dominarla, se hundió más y nadó hacia las lianas que apresaban al chico.

(5) Y sin hacer pie, ahora en un agua que súbitamente volvía a calmarse, arrancó a Dídac de las plantas trepadoras,

entre cuyos zarcillos otros niños habían encontrado la muerte, y sin que él le diera el menor trabajo, puesto que había perdido el conocimiento, lo arrastró con una mano, mientras la otra y las piernas abrían un surco hacia la superficie, donde la respiración contenida le estalló como una burbuja que se agujerea, antes de seguir nadando hacia donde la ribera descendía hasta el nivel del agua.

Al encaramarse a ella y tras izar el cuerpo exánime del chico, aun tuvo tiempo de ver cómo la nube de aparatos desaparecía en el horizonte de levante.

(6) Y sin entretenerse, Alba tumbó a Dídac bocabajo sobre la hierba de la ribera, le hizo sacar tanta agua como pudo, le dio la vuelta para que quedara boca arriba cuando comprobó que todavía no daba señales de vida y hundió la boca entre sus labios para pasarle el aire de sus propios pulmones hasta que el chico parpadeó y se movió como si aquella boca ajena lo molestara.

■ 11

Le quitó la ropa empapada para que el sol secara su cuerpo, lo friccionó, volcada del todo en él, y solo entonces, cuando él ya se recobraba, se extrañó de que los dos chicos que le habían empujado no hubieran acudido.

(7) Y luego vio que los dos estaban tendidos en el suelo, tiesos y con las facciones contraídas, como golpeados por un ataque de apoplejía que los hubiera dejado con la cara amarillo-rosada. El cestillo se había volcado y todos los hijos se habían desparramado a su alrededor, pero los chicos no se habían comido ninguno, ya que tenían los labios limpios. Dídac, que se incorporaba, preguntó:

—¿Qué hacen, Alba?

—No lo sé... Vámonos, que no te quieren.

—¿No te parece que están muertos?

(8) Y entonces Alba, que se estaba dando la vuelta al darse cuenta de que tenía un gran roto en la blusa, alzó la vista hacia el pueblo y abrió la boca sin que de ella saliera ningún sonido. Ante ella, a trescientos metros, Benaura parecía otro, más plano; bajo el polvo que colgaba sobre él como una niebla sucia y persistente, las casas se amontonaban unas sobre las otras, como aplastadas por una gran mano chapucera. Volvió a cerrar los labios, los abrió de nuevo y exclamó:

12 ■ —¡Oh!

Y a continuación, sin acordarse de que la blusa ya no le ocultaba los senos, echó a correr camino abajo.

(9) Y en el pueblo no quedaba nada en pie. Los edificios se habían hundido sobre ellos mismos, como si de repente les hubieran flaqueado las paredes, sobre cuyos cascotes habían caído los tejados. Montones de piedras y tejas partidas habían quedado esparcidas por las calles y cubrían sobre todo las aceras, pero el derrumbamiento era demasiado aplomado como para haber dejado intransitables las vías más anchas, por donde ya corría el agua de las tuberías reventadas que, en algunos lugares, lanzaban géiseros impetuosos entre la polvareda.

En muchos lugares, los muros bajos seguían en pie, como para contener en su interior el desbordamiento de los pisos altos amontonados, en algunos casos, entre paredes que, aunque resquebrajadas, habían resistido el impulso feroz de

un ataque aniquilador. Porque todo aquello lo habían hecho aquellos aparatos misteriosos, Alba estaba segura.

(10) Y en todas partes, medio enterrados por los cascotes, en el interior de los coches detenidos, por las calles, había cadáveres, muchos cadáveres, todos con la cara contraída en un rictus extraño y la piel amarillo-rosada.

No habían sido abatidos ni por piedras ni por vigas, ya que algunos reposaban en espacios abiertos y yacían enteros, sin sangre visible ni heridas, simplemente caídos como bajo el rayo de la apoplejía. Otros, en cambio, colgaban de los techos abiertos o sacaban solo un miembro, o la cabeza, de entre los escombros que los aprisionaban. Ella les conocía a casi todos; eran vecinos, amigos, gente a la que estaba acostumbrada a ver cada día.

También debían de estar sus padres.

(11) Y volvió a correr, ahora jadeando bajo un jirón de blusa que se había atado a la cara, a modo de bozal, contra el polvo que la hacía toser. Se movió hacia la plaza, donde lo más alto del campanario, casi intacto, se alzaba bien derecho sobre las ruinas de la iglesia, que cortaban el acceso a las callejuelas de detrás, tan estrechas como para obligarla a escalar cerros de muebles, de tapia, de cadáveres, y a descender por terraplenes cuya superficie rodaba bajo sus pies.

Fue orientándose por una geografía ciudadana aquí desconocida, cruzó por el talud de unos bajos que después se hundieron y casi la enterraron, saltó un muro alto donde se enganchó una pernera de los *shorts*, que se abrieron de

arriba abajo, sujetos solo por la pretina, y siguió corriendo por una calle corta y espaciosa, pero inundada por una fuente improvisada, hacia el recodo donde estaba su casa.

(12) Y ahora la casa ya no era una casa. Los dos pisos de la construcción se habían precipitado sobre el techo de los bajos, que también debían de haberse desmoronado detrás de la puerta que ahora, con la pared ligeramente hinchada por la presión, cerraba la tumba donde descansaban su padre, su madre, su hermana que iba a casarse el mes siguiente...

14 ■ Alzó las manos, aplastó las palmas contra la madera sólida y luego las fue dejando resbalar lentamente, con todo el cuerpo que cedía sobre las piernas desvalidas hasta que las rodillas tocaron el suelo lleno de yesones, y toda ella, indiferente al dolor físico, se acurrucó murmurando:

—¡Madre! Madre...

(13) Y los labios le temblaban con el llanto que le desencajaba la cara de donde el bozal había resbalado, y las manos, obstinadas, seguían arañando la madera donde fue perdiendo fragmentos de uña hasta que la pequeña voz tibia, que también lloraba, dijo a su lado:

—¿Y mi madre, Alba?

Dídac la había seguido desde la presa, había recorrido como ella las calles visitadas por la muerte, había saltado montañas de escombros y, por el laberinto de las callejuelas, acababa de llegar a su madriguera. Porque vivía allí, al lado, con Margarida, que, años atrás, se marchó a servir fuera y se dejó preñar por un negro.

Alba se abrazó a él, lo estrechó contra ella con un gesto desesperado, pero interrumpió el llanto que aun le anudaba la garganta y se fue incorporando, sostenida por el cuerpo infantil, de nueve años, que mendigaba con un lloriqueo:

—¿No se ha muerto, verdad?

(14) Y se había muerto. La encontraron al pie del fogón, después de haber penetrado en la casa por un agujero del techo, y aun tenía en las manos una cuchara con la que debía de estar a punto de remover la pasta que se veía en una olla de barro, intacta.

El chico se abrazó a ella con un relincho de animalito y la llamaba como si ella durmiera y quisiera despertarla, mientras Alba le acariciaba el pelo rizado y dejaba que se desahogara, ahora con los ojos secos, aunque el corazón se le hincha-  
■ 15

ba como si las lágrimas brotaran de allí, por entre las grietas de los latidos arrítmicos.

Luego Dídac se le agarró como un náufrago que se coge a un madero y le mojó las mejillas con su llanto mientras balbuceaba palabras sin sentido. Ella dijo:

—Deben de haber matado a todo el mundo.

(15) Y cuando le contaba aquello de los aviones, que él no había visto porque estaba bajo el agua, oyeron un inesperado gorjeo que los hizo volverse hacia la ventana del patio, que conservaba el alfeizar, y en seguida vieron la jaula, entera, del pájaro, que movía las alas.

—¡El jilguero!

Dídac desprendió sus manos del cuello de Alba y se irguió.

—Xica...

La chica, esperanzada, estrechaba las manos contra sus pechos para aquietar su corazón que casi se le saltaba.

—¡No estamos solos, Dídac, no estamos solos!

16 ■ (16) Y lo estaban. No había quedado nadie de su especie, ni ningún mamífero. Como fueron viendo al dejar la casa y recorrer los cascotes, entre los cadáveres humanos también los había de perros, de gatos y, en el barrio de los payeses, de mulas, de cerdos, de conejos, que yacían en los establos y en los corrales. Habían quedado, sin embargo, las gallinas, que picoteaban entre la tierra de las tapias, caídas en algunos trozos, o que se encaramaban, alborotadas, por los salientes de las vigas erguidas como piezas de un esqueleto mal sepultado. Tampoco habían muerto las moscas que zumbaban alrededor de las víctimas patéticas y que ellos no podían ni pensar en sepultar; había demasiadas.

Calle tras calle, de un extremo de la población al otro, Alba y el chico, cogidos de la mano, fueron explorando un escenario que se repetía sin imaginación y por el que, de tanto en tanto, dejaban oír la llamada de sus voces temblorosas por si alguien, agonizando, o simplemente atrapado por los derribos, quería dar fe de vida. Y siempre les contestaba el silencio, solo perturbado por el silbido de los surtidores que regaban la calle.

(17) Y Alba se extrañaba del modo en que había tenido lugar la destrucción. Porque poco a poco fueron observando que con escasas excepciones, donde quedaba un lienzo de muro erecto o la loma de un tejado que se mantenía en

equilibrio inestable sobre el vacío, la acción que había deshecho las casas había obrado uniformemente; en todas partes, los bajos se habrían salvado sin el peso de la caída de los pisos altos que reventó los techos y los inundó de forma desigual de escombros, según la altura del edificio o la resistencia de los suelos.

Incluso a sus ojos inexpertos, aquello parecía el resultado de una vibración tan potente como para rajar las paredes superiores y, por lo tanto, abatirlas, y al mismo tiempo demasiado débil para remover los muros más próximos a los cimientos, donde el desmoronamiento había sido efecto del material de encima. Pero ¿qué clase de vibración podía haber sido esa que había golpeado a las personas y las había aniquilado con tanta unanimidad? ¿Y por qué había respetado a los insectos y a las aves?

■ 17

(18) Y las preguntas se multiplicaron cuando desembocaron en la carretera que cruzaba los arrabales de Benaura, y vieron los coches y los camiones que debían de haberse detenido en seco y tras cuyos parabrisas había muchas personas desconocidas que jamás debían de haberse imaginado que morirían en aquel pueblo, para ellas forastero.

¿Habrían compartido acaso las demás ciudades del país el destino de la población? ¿Se encontraban frente a una catástrofe mayor de lo que creían, total? El propio Dídac se hizo eco de su angustia al preguntar:

—¿En todas partes habrá sido igual, Alba?

Tenía la cara como estrangulada por el miedo y la chica se dio cuenta de que su cuerpo desnudo sangraba por gran cantidad de marcas rojas, los arañazos que se había hecho.

Y el suyo también. Dijo:

—En seguida lo sabremos. Pero primero vamos a vestirtos.

(19) Y regresaron a la plaza, donde bajo los soportales había una tienda donde vendían ropas de todo tipo y en la que se podía entrar por un aparador. Dentro, el dueño, la dependienta y dos clientas ocupaban lugares casi simétricos a un lado y a otro del mostrador, sobre el suelo de baldosas amarillas, y al fondo había un gato con la cabeza partida por una lata.

18 ■ Alba cogió unos pantalones para el chico, unos *shorts* para ella, dos camisas de colores y una toalla. Se quitó el andrajó que le tapaba mal el vientre y los dos se lavaron en un surtidor que se alzaba entre dos piedras. Ni el uno ni la otra se avergonzaban de su desnudez, él porque era inocente y la chica porque siempre había sido honesta y en su casa le habían enseñado a vivir sin hipocresía.

Luego se vistieron con la ropa limpia y se calzaron con alpargatas de un gran tendido que llenaba aquellos mismos soportales, más abajo, donde el alpargatero siempre las colgaba a montones de dos hierros que ponía y quitaba cada día.

(20) Y a continuación penetraron en la armería por un agujero en la parte de atrás, donde el hombre y alguien más yacían bajo los escombros con los pies hacia fuera, sumergidos en un charco de agua; cogieron unos prismáticos y se fueron hacia un cerro de las afueras, no más elevado que la casa más alta de la población, donde estaban los depósitos,

ahora muy bajos de nivel, puesto que el agua se escapaba por las grietas e inundaba los campos vecinos.

Desde la cima, Alba confirmó que su pueblo no había sido elegido al azar o especialmente favorecido. A cuatro metros de distancia, el pueblo vecino, que de hecho estaba a seis kilómetros, se había convertido también en un laberinto de escombros. Y más lejos, a doce kilómetros, aun pudo ver, aunque no con tanta precisión, la antigua colonia fabril que con los años se había convertido en una población grande. Últimamente se estaba construyendo allí un modesto rascacielos, de seis pisos, y también estaba la torre del campanario; ahora, sin embargo, no estaban, y ningún tejado brillaba al sol.

■ 19

Dídac, que estaba a su lado, dijo con la voz muy tenue:

—¿No hay nadie, Alba?

Ella bajó los prismáticos y le estrechó la mano.

—No, Dídac, no hay nadie.

(21) Y al cabo de veinte minutos ya sabían también que los teléfonos no funcionaban, que no había electricidad y que las emisoras de radio habían enmudecido, puesto que ninguna de ellas, del país o extranjera, acudió a la cita de las agujas del transistor que encontraron en un rincón del dormitorio de una casa de la Calle Ancha, donde solo se habían salvado una mesita de noche y el aparato.

Dídac, que cada vez ponía una cara más demudada, gimió:

—¿Qué haremos, ahora, Alba?

Ella le pasó el brazo por el hombro en un gesto confortador y sin abandonar la pequeña radio que pensaba llevarse, dijo:

—Saldremos adelante, Dídac; no te desanimés.

—¿Y qué podemos hacer, nosotros solos?

—Muchas cosas. Para empezar vamos a comer.

No tenían hambre, pero Alba sabía que les esperaba una jornada muy dura y estaba dispuesta a luchar; siempre había sido una chica tenaz.

(22) Y almorzaron en una tienda de comestibles de la esquina de la Calle Mayor, entre los anaqueles llenos de botes y latas de conserva y bajo una barra larga, cargada de jamones y muchas clases de embutidos, que por un lado se había desprendido de su soporte y colgaba sobre las balanzas.

20 ■

Comían despacio, por obligación, y los bocados se les entretenían en la boca, debían dar grandes tragos para echarlos cuello abajo, incluso cuando abrieron una botella de agua mineral para facilitar la deglución. Los dos tenían el estómago revuelto y el corazón pequeño.

A Alba, ahora que se había concedido un momento de descanso, la atribulaba sobre todo aquello que a menudo había oído decir a la gente del pueblo: que después de guerras y maldades siempre hay epidemias de gripe, de tifus, quizá de cólera...

Los muertos, reflexionó entonces. En Benaura había más de cinco mil cadáveres, una buena parte de ellos sin enterrar, y se irían pudriendo, fermentando; durante días y días, meses y meses, el aire estaría impregnado del hedor de las osamentas, saturado de gérmenes pestíferos que ellos inhalarían si no se decidían a huir bien lejos de los lugares habitados, puesto que en todas partes debía de ser igual.

*Clásicos* **Modernos**

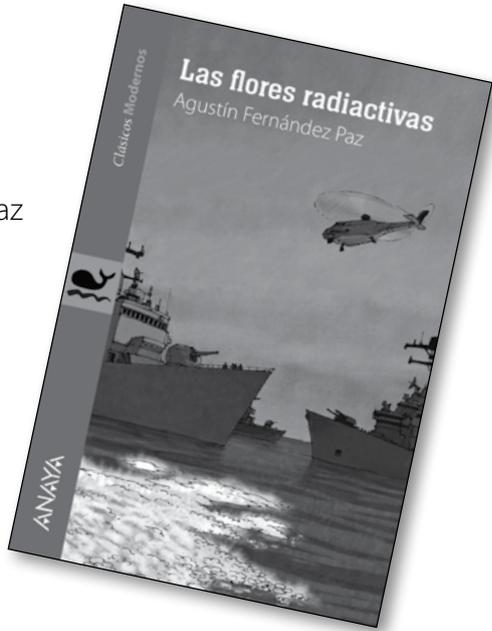


---

Otros títulos de la colección

## Las flores radiactivas

Agustín Fernández Paz



**E**n la Fosa Atlántica, donde los países europeos vertieron residuos radiactivos hasta 1982, dos pesqueros descubren una gran mancha brillante que produce un misterioso resplandor en el mar. Cuando la OTAN envía barcos a examinar la zona, se encuentra con algo sorprendente que las autoridades ocultan en un intento de no alarmar a la población.

Alba, una chica gallega que se siente atraída por este descubrimiento, se irá implicando en la investigación y, tras introducirse como polizón en un barco, viajará a la zona con un grupo de ecologistas y periodistas. Se inicia así una aventura que acabará teniendo repercusión mundial.

## El ponche de los deseos

Michael Ende



**B**elcebú Sarcasmo y Tirania Vampir se disponen a preparar un ponche *genialcoholosatanarquiarqueologica-vernoso* para celebrar el año nuevo. Se trata de un tipo de brebaje muy apreciado en los círculos de brujería por el poder que posee. Con este ponche, todos los deseos que pidan antes de las doce de la noche se cumplirán, pero al revés. Es decir, si piden que haya paz, habrá guerra.

Pero el gato de Sarcasmo y el cuervo de Vampir, que escuchan lo que se está tramando, buscarán una solución al maleficio para que el brujo y la bruja no se salgan con la suya.

# La aventura inmortal de Max Urkhaus

Joan Manuel Gisbert



**M**ax Urkhaus, un extraño y casi invisible investigador que parece haber alcanzado una edad inverosímil, se dedica a experimentar en secreto con el pensamiento humano y las leyes de la materia. Su incesante búsqueda de personas adecuadas para sus pruebas lo lleva a entrar en contacto con tres prodigiosas jóvenes hermanas, idénticas hasta un grado nunca visto, que son el resultado de manipulaciones y pruebas de laboratorio en genética y embriología.

Con la decisiva colaboración de estas hermanas, Urkhaus emprenderá asombrosos experimentos con las dimensiones del espacio y los límites del tiempo, como nunca nadie se había propuesto hasta entonces, dando lugar a escenas inauditas.